

hijo. No pudo dar más, porque más no tenía. Dio todo. Nos dio todo. No a nosotros, sino a Dios en nosotros. Qué menos que darle las gracias por lo que nos dio y por él. Conocer a Domingo, ser amigo de Domingo fue otro don de Aquél que reparte sus gracias porque por donde va deja todo vestido de hermosura. Gracias Señor por Domingo. Gracias Domingo por ti.

FCO. JOSÉ FDZ. DE LA CIGONA.

HOMILIA DE LA MISA CELEBRADA EN SUFRAGIO DE DOMINGO VEGA (el 25 de enero de 1994)

Celebra hoy la Iglesia la Conversión de San Pablo, con aquella singular aparición de Cristo en el camino de Damasco al gran perseguidor de los que creían en El.

Por otra parte, leemos en el rito de la Iglesia cuando pide a Dios por un hijo suyo ya próximo a encontrarse con El al fin de su vida, el siguiente deseo: «Veas cara a cara a tu Redentor, y goces de la contemplación divina por los siglos de los siglos».

Dos nuevos eslabones en la cadena de apariciones que venimos considerando desde la noche de Navidad.

* * *

En Belén se aparece aquella noche a los pastores de su pueblo; un año largo después se muestra a unos magos de la gentilidad; y al bautizarse luego de seis lustros, se muestra sensiblemente como emisario del Cielo, recomendado por el Padre y el Espíritu, ante aquellos a quienes venía a enseñar y a redimir; refrendando poco después su categoría divina con su epifanía milagrosa de Caná, al convertir en aquella boda el agua en vino.

De aquella presencia de Cristo entre nosotros en la plenitud de los tiempos arranca esta nuestra realidad de hoy; que hubiera sido sin su venida al mundo tan distinta de lo que es, que no es ninguna exageración pensar que entonces la población del mundo en este siglo XX habría estado formada por otros hombres; y no por los que, gracias a Dios, hemos nacido. Porque, ¿quién puede dudar que en nuestra larguísima cadena genealógica haya habido algún matrimonio de antecesores nuestros, influido en su formación por la doctrina y la gracia de Cristo? Ya habrá habido algún determinado matrimonio de ascendientes de cada uno de nosotros, en cuya motivación decisiva se haya atendido al mensaje que el Señor nos trajo y haya obrado la gracia que para los hombres recabaron los méritos de Cristo; sin lo cual habríamos quedado para siempre en el infinito mundo de las posibilidades no realizadas.

Y aun en un mundo en que ya de hecho vivimos, tan material y tan rastrero a pesar de la venida de Cristo, podemos imaginar, a la vista del paganismo anterior y del egoísmo contemporáneo («su dios es su

vientre», diría San Pablo, Philip 3,19) lo que hubiera sido esto si Dios no hubiera bajado a remediarnos.

* * *

Importante también en sus consecuencias fue en su tanto la aparición de Jesús a Saulo de Tarso.

Poco se movió Cristo en su vida, al final de la cual, en cambio, encarga a los Apóstoles que conquisten el mundo. Fuera de su exilio en Egipto poco después de haber nacido, en su ir y venir no salió de aquellos parajes relativamente reducidos. Y subió al Cielo para no volver hasta el fin de los tiempos con la figura ostensible de su realidad humana, como no fuera acaso aquel preciso día que viniera a verse con Pablo en el momento de su conversión; sin que se haya presentado más que aparentemente en otras ocasiones, ante los videntes que lo han percibido en forma sensible. Pero a Pablo bien le imprimió aquel impulso misionero que repercutiría en los mismos confines del mundo entonces conocido.

Debido a este impulso arranca Pablo como loco a predicar su mensaje y promover la verdad. Desde su primera carta, que lo es la primera enviada a los fieles de Tesalónica, agradece a Dios que su mensaje «no fue de palabra solamente, sino también con fuerza y Espíritu Santo y plena convicción» (1,5). Y acaba su epistolario con la segunda carta a Timoteo urgiéndole que «predique la palabra, que inste a tiempo y a destiempo, que reprenda, exhorte, increpe con toda longanimidad y no cejando en la enseñanza» (4,2).

Y sensacional es aquella noche del capítulo XVI de los Hechos, en que la figura de un macedonio le disuade en sueños de internarse en Asia Menor y le decide a atravesar el Bósforo y pisar Europa, trayéndolas por vez primera la fe de Cristo.

Y hasta España llegó la presencia de Pablo, según parece. Sin contar aquí ahora la estancia entre nosotros de Santiago, era plan paulino pasar por Roma en su camino hacia la evangelización de España, como dice en su Carta a los Romanos. Bien pudo haber venido al final de su vida, en un bienio que se centra en torno al año 63, conforme a ciertas tradiciones españolas, que en nuestro tiempo han motivado hace treinta años la celebración del decimonono centenario de su venida; principalmente en Tarragona, que era durante la dominación romana el puerto español donde atracaban las naves del oriente, y era sin duda la primera tierra española que conoció el Apóstol de las gentes.

Es, pues, ocioso ponderar las inconmensurables consecuencias de aquella teofanía damascena que hoy conmemoramos.

* * *

Aparición que es consecuencia de ésta nada espectacular como las anteriores, ni como la final que estamos suplicando para nuestro entrañable Domingo, es la previa a la de éste; la que con nosotros tuvo aquí él; me refiero a la inapreciable manifestación de la verdad que la razón y la fe nos han mostrado desde los primeros días de nuestra vida, y es la que los Amigos de la Ciudad Católica tratan habitualmente de conocer más y más, de estudiar y de vivir.

Esa nuestra actividad es la que nos unió a nuestro querido Domingo; unión que apenas la habrá más estimable y deseable que la que se funda, como ésta, en una misma concepción del mundo y de la vida.

La Iglesia misma, que se muestra algo reacia a las alabanzas fúnebres a las que es siempre proclive de modo bien benévolo una situación como la presente, alaba ante Dios a sus hijos en las oraciones por los difuntos afirmando en favor de ellos que creyeron y esperaron en Dios. Gran encomio sin duda, que, pues lo hace la misma Iglesia oficialmente, lo podemos hacer también nosotros. Y es consuelo especial nuestro, y confiamos que alegación válida ante Dios, el considerar en Domingo, como en los que tuvimos la suerte de conocerle aquí, que lo que pretendió fue vivir esa creencia y esperanza en Dios hasta sus últimas consecuencias, que son el convencer de la cierta verdad católica a las inteligencias, e instaurar en el mundo privado y público un auténtico orden cristiano.

Esta fue la labor suya, como agradecemos a Dios que lo sea la nuestra, dentro de la organización que cualquier obra como esta reclama, en que todos participamos del mismo espíritu a la vez que diferimos posiblemente en las funciones propias de cada uno. «Distribuciones hay de carismas —dirá luego Pablo—, pero un mismo Espíritu; y distribuciones hay de ministerios, pero un mismo Señor; y distribuciones hay de operaciones, pero un mismo Dios, quien obra todas las cosas de todos» (I Cor 12,4-6). Y a nuestro Domingo tenemos que agradecer juntamente con lo típico y necesario de su función, la finalidad y oportunidad de su actitud, inspiradas en el mismo espíritu vivificante del trabajo de otros que elaboraran más directamente las ideas cuya salida al aire Domingo hacía posible y facilitaba. Y esto hay ocasiones en que vale mucho. Roca de la Iglesia es lo que hizo Cristo al que iba ser Jefe Supremo, cuando hubiéramos esperado más bien que le llamara cátedra, o jachada, o torre, o cúpula, o azotea. Pero «el cuerpo —añade Pablo— no es un solo miembro, sino muchos. Ni puede el ojo decir a la mano: 'No tengo necesidad de ti'» (I Cor 12,14-21).

Y así, en su puesto cada uno y desarrollando la propia misión, venimos haciendo nosotros día a día lo que Domingo ya consumió; logrando, según confiamos, el cumplimiento del deseo formulado en la oración de esta Misa: llegar al final pretendido siguiendo a Pablo, avanzado, 'gradientes' en latín, gradualmente, a imitación suya, paso a paso, escalón a escalón, martes a martes en nuestras reuniones, sin prisa pero sin pausa, sin darse la importancia que Domingo no se daba; y sin cambiar de dirección ni flaquear en la asiduidad que nuestra ilusión exige.

* * *

En fin, nada es tan amable como las moradas del Dios de los Ejércitos, que dice el Salmo LXXXIII. El Señor admita en ellas a Domingo Vega, si requierda para ello nuestro sufragio de hoy. Sea agregado a los queridos amigos que vamos teniendo del lado de allá. En aquella suprema y ya inacabable teofanía, donde el menor sabe ya más filosofía y cristianismo, y posee la verdad con la claridad y dimensiones eternas que aquí no nos son posibles, prémieles Dios el bien que por nosotros y con nosotros hicieron; oiga las súplicas que sin duda le presentan por la Ciudad Católica; y ni uno solo falte a la cita de ese día eterno en que todos, según la oración de la Iglesia, «veamos cara a cara a nuestro Redentor, y gocemos de la contemplación divina por los siglos de los siglos».

AGUSTÍN ARRENDONDO, S. J.